

al interior de la Arabia y que todavía entonces intentaban de cuando en cuando ejercerla.

Asimismo, respecto de sus súbditos era también igual la misión de ambas dinastías, breve y gráficamente formulada por el rey persa, acaso, Hormisdas IV, por los años 580, cuando antes de conferir la dignidad real al hirense No'man V, le preguntó: «¿Puedes tú mantener en orden á los árabes?» Como se supone, no era esto muy fácil, si bien lo era más en la Siria, cubierta de fortalezas bizantinas hacia la frontera, que en la llanura abierta del Eufrates. Así, aunque los príncipes de ambas dinastías no acostumbraban, ciertamente, á gobernar con suavidad, aparecen los Lachmidas de Hira especialmente como una raza en extremo violenta y hasta bárbara. Por eso Imruulkeis II (antes del año 400) se llama El-Muharrík, «el quemador,» á causa de su predilección por el castigo de matar por medio del fuego, y de El-Mundhir III (505-554) sabemos que mandó sacrificar ante sus ídolos varias veces á prisioneros y en una sola ocasión á 400 monjas cristianas. Los Gassanidas parece que eran de costumbres más suaves; también eran cristianos desde muy antiguo (y por cierto monofisitas, como la mayor parte de los cristianos del Asia anterior) y estaban en activo comercio con la civilización griega.

Debido á su posición como avanzadas de las dos grandes potencias enemigas, los Gassanidas y los Lachmidas eran naturales adversarios, y al propio tiempo que las tropas de aquellas libraban grandes batallas, ocurrían muchos encuentros entre Gassan y Hira. No ofrece interés alguno seguir paso á paso estas luchas y correrías; solo mencionaremos algunos datos principales de la historia de ambas dinastías que son característicos ya por lo que á ellas mismas se refiere, ya por lo que afecta á sus relaciones con las dos grandes potencias, y tienen importancia para el desarrollo histórico ulterior.

El más afamado de los Gassanidas fué Hárith V (ó Aretas como lo escriben los bizantinos), que tenía el sobrenombre de El-A'aradsch (el lisiado), y reinó por los años 530 á 570. En sus manos volvió á reunir el emperador Justiniano (1) el mando superior, que había estado durante algún tiempo dividido, de todas las hordas árabes en Siria, con el objeto de oponer una fuerza fronteriza equivalente á la de los vasallos árabes de los persas, concediéndole al propio tiempo el título de rey para los árabes y de *patricio* para conformarse con la etiqueta bizantina. Ciertamente que los bizantinos no ganaron, por de pronto, gran cosa con este cambio; Hárith se dejó vencer varias veces y demostró claramente con su proceder que más que la victoria para el imperio bizantino buscaba botín para sí mismo. Su nombre aparece mal reputado en la leyenda de las tribus arábicas á causa de su cruel comportamiento con el judío Samuel, hijo de Adijá, á quien el kindita Imruulkeis, el más notable poeta árabe, antes de su viaje á Constantinopla había dado á guardar todos sus bienes y hacienda, entre los cuales se contaban cinco preciosas cotas de malla de singular valor, habiéndole prometido Samuel no entregarlos sino á él mismo á su regreso. Imruulkeis emprendió su marcha al través del territorio y con la escolta de Hárith, por lo cual tuvo este noticia de su arreglo con Samuel; y habiendo muerto Imruulkeis durante su regreso, acampó Hárith, con motivo de una correría que había emprendido, delante de Ablak, castillo de Samuel, situado en las cercanías de Teima en la Arabia Noroeste, y le exigió la entrega de las cotas de malla. El íntegro judío se negó á ello; entonces cogió Hárith al hijo de Samuel, adolescente que había caído en sus manos

(1) Véase Hertzberg: *Historia de los Bizantinos*.

al regresar de la caza, y amenazó con matarlo á la vista de su padre si persistía en su negativa. Samuel no quiso romper la palabra empeñada y prefirió ver morir á su hijo, después de cuya muerte tuvo que marcharse Hárith sin haber logrado su objeto. Semejante heroísmo para cumplir fielmente el deber aceptado era, en verdad, admirable hasta para el pundonoroso árabe, y el heroico judío ha permanecido célebre hasta hoy con el sobrenombre de Ssamau'al-el-wafá, «Samuel, esclavo de su palabra.» Solo en sus últimos años logró Hárith obtener una gran victoria de verdadero carácter militar. En el año 554 el anciano Mundhir III, hijo de Má-essemá, rey de Hira, que ya había ocasionado varias derrotas á Hárith, emprendió una nueva campaña hacia la frontera siria. Escarmentado Hárith por tantos desastres, decidió esta vez probar un ardid. Escogió cien jóvenes de los más decididos de su ejército y para excitar su celo hizo que su hermosa hija Halima los ungiera á todos con el jaluk, perfume predilecto de los árabes desde muy antiguo; y como en este acto uno de ellos se propusiera á darle de improviso un beso y la joven, sintiéndose herida en su amor propio, tan susceptible entre las mujeres árabes, le contestara con un bofetón, observó el anciano rey con desusada benevolencia que no debía dar tanta importancia á semejante pequeñez. Los cien jóvenes se dirigieron como desertores al campamento del Mundhir, á quien excepcionalmente había abandonado la astucia ingénita del lobo del desierto. Recibidos amistosamente, y en el primer momento de descuido cayó sobre él el jefe de aquellos y le mató. Aprovechando la confusión que este hecho produjo, atacó Hárith con todo su ejército al campamento, consiguiendo poner en completa derrota á sus enemigos. Esta victoria es célebre entre los árabes con el nombre de «batalla de Halima.» También entre los bizantinos aumentó este triunfo la importancia del filarca. Poco después (566) este tuvo que ir á Constantinopla para realizar ciertos planes políticos, é hizo allí tal impresión la presencia del hurafío semi-bárbaro, que muchos años después se asustaba todavía al tímido emperador Justino II con solo mentarle el nombre de aquel coco. Después de la muerte de Hárith, parece que la autoridad que había estado reunida en sus manos volvió á dividirse en principados. Ciertamente que su hijo El-Mundhir derrotó otra vez completamente, en el año 570, á Kabús, rey de Hira, y también se citan después de este gran número de soberanos gassanidas, entre ellos Amr IV, No'man VI y Hárith VII, que aparecen como protectores de poetas notables como veremos luego; mas ninguno de ellos alcanzó la importancia política de Hárith. Esta importancia debió parecer demasiado peligrosa á los bizantinos, y así prefirieron nombrar otra vez un filarca especial para cada una de las provincias fronterizas. De uno de ellos volveremos á tratar en la época de Mahoma, y en la batalla de Hieromax encontraremos á Schábalá VI, hijo de Eiham, á quien con motivo de la invasión de los musulmes se confirió otra vez el mando supremo de todos los árabes de la Siria.

Algo mejor que de esta casa soberana estamos informados de la de los Lachmidas de Hira. Parece cierto que por la época de Zenobia, hacia el año 250, tuvo efecto la fundación de este Estado fronterizo, la cual, según la tradición, está relacionada con el nombre de Amr Ibn Adí. Este príncipe, así se nos refiere, recibió del rey persa Sapor I (241-272) el título de rey, esto es, el derecho al dominio de los árabes del Irak. Su residencia y la de sus sucesores fué Hira (2), situada entre el Eufrates y el desierto, como á unas diez millas al

(2) Palabra siria que significa *campamento*; así la ciudad no recibió su nombre de los árabes sino de la población que vivía en ciudades en el valle del Eufrates y que usaba la lengua siria.

Sur de Babilonia y á tres de la que después fué Kufa. Naturalmente su autoridad sobre los árabes irakeses se fué extendiendo y consolidando poco á poco. Tenemos noticia de represiones energicas ejercidas por Sapor II (309-379) sobre muchas tribus de beduinos que aprovecharon la minoría del rey para hacer correrías devastadoras hacia la Mesopotamia y Babilonia, sin que se atribuya en ellas ningún papel á los príncipes de Hira. Además, poco tiempo después (hacia el año 380) aparece interrumpida la sucesión de los Lachmidas por la exaltación de un príncipe extranjero. Pero hacia el año 400 se encuentra otra vez dicha dinastía en el poder; hasta cerca del año 420 reina No'man I el Tuerto, *El-d'awar*, celebrado como dueño del castillo de Jawarnak, que hizo edificar cerca de Hira por un arquitecto bizantino llamado Ssinimmar (1); los árabes eran entonces, y lo fueron bastante tiempo después, poco conocedores de las artes de la paz. Refiere la leyenda que el rey, después de concluido el castillo, en lugar de recompensar al constructor mandó arrojarle desde lo alto de las almenas por haberse jactado de que, si hubiese querido, podía haber levantado otro más bello; pero según otra versión, por haber manifestado que conocía una parte de los cimientos cuya destrucción produciría el inmediato desplome de todo el edificio; ya es sabido que historias análogas van unidas frecuentemente á semejantes construcciones. A ciencia cierta solo nos consta que ya por los años 600 el nombre de No'man era proverbial como señor de Jawarnak. El punto culminante del poderío de la casa de los Lachmidas fué en tiempos del hijo de No'man, El-Mundhir I, el cual, seguramente, subió al trono antes del año 420. También era conocido entre los bizantinos bajo el nombre de Alamundaros, «rey de los sarracenos (2), hombre hábil y guerrero.» El-Mundhir I tomó parte con sus árabes en las continuas contiendas por el trono de los Sasánidas y él fué, indudablemente, quien logró que Varanes V Gôr, al cual conoció en una larga y acaso forzosa permanencia en Hira, fuese proclamado rey de Persia en el año 420. En cambio sufrió una sensible derrota en la guerra bizantina que poco más tarde estalló (420-422), después de haber asolado la Mesopotamia. En la época de sus sucesores se encendió de nuevo la lucha entre bizantinos y gassanidas, siempre con éxito vario; pero mientras que se mantenían mutuamente en jaque, surgió de improviso entre ambos un tercer poder que por poco tiempo amenazó acabar con la influencia de los Lachmidas. Nos detendremos algo en este episodio, que solo recientemente ha sido reconocido y apreciado como un preludio notable de la conquista universal por los árabes, que ya se anunciaba.

Hacia mediados del siglo V comenzó á adquirir importancia en el Asia central la tribu de los Kindas, que procedía de la Arabia meridional, y que á pesar del contraste que los árabes del Sur ofrecían desde antiguo con los demás habitantes de la península, consiguió, mientras moraba hacia el centro del Nedsch meridional, formar una coalición con las dos grandes tribus de Wá'il, Bekr y Táglíb, y con algunas otras. Esta coalición fué la primera que intentó rebasar la frontera Norte del desierto. Indudablemente habían penetrado ya tiempo hacia en la Arabia central noticias acerca de las provechosas correrías que las tribus afines sirias é irakesas, al mando de los Gassanidas y Lachmidas, acostumbraban á emprender hacia el interior de la Mesopotamia y

(1) Se ve á primera vista que este nombre era griego y fué designado por los árabes.

(2) El verdadero origen de la palabra *sarracenos* no se ha encontrado todavía (*).

(*) La voz griega *sarakenos* parece venir del árabe *sarquín*, plural de *sarquí*, oriental. (N del T.)

de la Siria tan luego como se volvía á encender la constante guerra entre Persia y Constantinopla. El caudillo de los Kindas, El-Hodschr, apellidado Akil-el-Murar (3), logró arrastrar consigo á las mencionadas tribus con la perspectiva de aquellas correrías para satisfacer su rapacidad, y así encontramos, por los años 480, que el poderío de los Kindas se extendía hasta las fronteras de Hira, de cuya influencia había ya emancipado á los árabes vecinos. Después de la muerte de Hodschr parece que se disolvió temporalmente la reciente liga: su hijo Amr no supo mantener reunidas á las tribus y pronto se vió limitado al Sur de la Arabia central, mientras que en el Norte obtenía el mando Kuleib, cuya muerte dió por resultado la terrible enemistad que ya hemos descrito entre las tribus hermanas Bekr y Táglíb. Ya hemos visto que esta célebre guerra de cuarenta años no se siguió sin largas interrupciones; y así, en un momento en que ambas tribus estaban ya fatigadas de la lucha, pudo conseguir Hárith, hijo de Amr el kindita, establecer la paz entre ellas durante algún tiempo y renovar á la vez la coalición de las tribus de la Arabia central.

Era Hárith un personaje importante, enérgico y de condiciones á propósito para constituir un poder fuerte hasta con elementos poco seguros. Por los años 496 se encontró ya con fuerza bastante para devastar de la manera más terrible la Palestina y las comarcas limítrofes por medio de grandes algaras á las órdenes de sus dos hijos, introduciéndose entre Hira y la Siria. Ciertamente que el gobernador bizantino Romano llegó á conseguir la expulsión de las atrevidas hordas rapaces y hasta hacer prisionero á uno de sus caudillos; pero en el año 500 se repitieron las incursiones, viéndose obligados, finalmente, los bizantinos á tratar con Hárith para no tener una diversión peligrosa en su flanco cuando estalló de nuevo la guerra con los persas. Un enviado, el abuelo del historiador Nonnos, que nos refiere estos sucesos, fué en el año 503 á tratar con el jefe de los Kindas y se hizo un convenio por el cual el emperador Anastasio, sacrificando considerables sumas, aseguró la paz en las provincias sirias y hasta consiguió que el belicoso príncipe beduino arrojara sus turbulentas tropas contra los vasallos de Persia, los árabes de Hira. El rey de estos, No'man III, hijo de Aswad, peleaba con las mejores de sus huestes contra el imperio bizantino en Mesopotamia bajo las banderas de los persas, y así los jinetes del Kindita pudieron más fácilmente invadir el Estado fronterizo, débilmente defendido, apoderándose de todo el territorio, exceptuando Hira, cuando No'man, en setiembre del año 503, murió ante los muros de Edesa de results de una antigua herida. Hárith, sin embargo, no pudo mantenerse mucho tiempo en la brillante posición á que se había elevado con su energía y habilidad: en el año 506 hicieron las paces Constantinopla y Persia, habiéndose ya encargado en 505 del poder en Hira un príncipe igual á él en energía pero menos escrupuloso, Mundhir III, hijo de Imruulkeis III y de Má-essemá (4), hija de Rabi'astammes el Grande, beldad célebre en todo el mundo, á quien el rey había robado en una de sus correrías en la Arabia oriental, haciéndola su esposa; y de ella se llama generalmente al hijo Mundhir Ibn Má-essemá. El-Mundhir III, á pesar del in-

(3) «Comedor de raíces amargas;» *murar* es una planta amarga cuya masticación hace contraer los labios. Acerca del origen de este nombre hay una historia que, como sucede á menudo en semejantes casos, es evidente que fué inventada adrede posteriormente, y que solo demuestra que los mismos árabes no sabían nada positivo sobre el particular.

(4) Esto es, «agua del cielo,» algo así como «gota de rocío.» No se sabe si este nombre hace referencia á la hermosura ó á la pureza de la persona.

se hallaron en época remota grandes cantidades de oro. Además, entre los puertos de la Arabia oriental y de la India existió también desde muy antiguo un gran tráfico marítimo que conducía los productos indios, en particular especias y animales de recreo (monos y pavos-reales), á la costa de Oman. Desde allí eran transportados por tierra, según parece, desde el siglo X antes de Cristo, al golfo Árabe, donde eran embarcados hacia el Egipto para uso de los Faraones y de sus magnates. Aquí, en el rincón Sudeste del mencionado golfo, es donde ha de buscarse la tierra de Ofir, con la cual Salomón, ayudado por Hiram de Tiro, estableció durante corto tiempo tráfico comercial directo. Sin embargo, ya entonces, á causa de la dificultad de la navegación por el mar Rojo, y seguramente en el siglo VIII antes de Cristo, se daba la preferencia á la vía terrestre para el tráfico entre el Yemen y la Siria. Desde Sabota (así llamaban los antiguos á la árabe Schabwat), capital de los jatrarmotitas (Hadramaut), se dirigía el camino de las caravanas hacia Mariaba (Ma'rib), en tierra de Saba, luego al través de la Arabia, pasando por Macoraba (la que posteriormente fué Meca) y la tierra de los madianitas, frente á la península del Sinaí, hacia Petra y Gaza en el Mediterráneo, donde se encontraba una estación principal para el tráfico entre Oriente y Occidente. De conformidad con esto, encontramos entre el país del incienso, Hadramaut, y el mar Rojo dos grandes Estados: al Este el de los maineos, llamados así del nombre de su capital Ma'in, del cual dependió inmediatamente, durante algún tiempo, aquel país, y tocando á este último, en el Oeste, el reino de Saba con su capital Ma'rib. En torno de estos se agruparon luego una serie de pequeños principados que estaban más ó menos bajo su influencia. El poderío de Saba, particularmente, debió de extenderse hasta muy lejos en dirección Norte, pues que el interés vital del país exigía que la vía de las caravanas permaneciese libre y segura para el transporte de los preciosos productos hasta la tierra de Madian; y si encontramos en el estilo de las edificaciones, como también en la mitología de los sabeos, marcadas huellas de la influencia directa de la cultura asirio-babilónica, esto solo puede explicarse por el constante y vario contacto inmediato. Ya sabemos que los asirios habían extendido su poderío é influencia no solamente á la Siria sino también á los beduinos del desierto árabe septentrional: hasta el territorio de estos debieron, pues, los árabes del Sur, ya antes del siglo VIII, garantizarse la seguridad de un tráfico regular. Durante siglos se mantuvieron los reinos de Saba y de Ma'in, sino sin rozamientos mutuos, á lo menos como corresponde á Estados comerciales esencialmente inclinados á una política de paz. Aun en el año 25 antes de Cristo, el romano Elio Galo designa á los árabes de la costa Occidental, hasta muy cerca de la península del Sinaí, como mercaderes poco amigos de la guerra. Estas condiciones subsistieron hasta poco después del nacimiento de Cristo, en cuya época sufrieron una completa transformación. Ciertamente es que no tuvo éxito la expedición romana emprendida por el ya citado Elio Galo contra la Arabia, de orden del emperador Augusto; guías desleales dirigieron la marcha al través de comarcas intransitables, y el general romano, después de haber llegado á Ma'rib con casi insuperables dificultades, tuvo que abandonar su cerco á causa de la falta de agua; pero las condiciones comerciales del Oriente sucumbieron ante la preponderancia del imperio universal romano. Empezóse por emplear buques en la navegación directa desde la India y desde la costa del país del incienso, por el estrecho de Bab-el-Mandeb, hasta Myos-hormos, puerto egipcio en el mar Rojo, con lo cual se prescindió de las estaciones comerciales del interior, y poco á poco fueron quedando desiertos los so-

berbios palacios de Saba y derruidos los artísticos acueductos con los cuales se habían ganado á la arena del desierto fértiles campos y jardines.

La leyenda árabe, como acostumbra á hacerlo, ha condensado el movimiento histórico, que abraza más de un siglo, en un solo hecho concreto. El florecimiento de Ma'rib y de todo el Yemen tenía por base, según ella, un dique colosal que era considerado como una de las maravillas del mundo, y que, al parecer, tenía por objeto proteger la ciudad y sus alrededores contra las aguas de la montaña. Este dique (se ha calculado la época del suceso á mediados del siglo segundo de nuestra era) se rompió de improviso, inundando las aguas la ciudad y los campos y causando las horrosas devastaciones á cuyas consecuencias nadie pudo intentar poner remedio. Así, una gran parte de la población se vió obligada á emigrar y á buscar nuevas moradas en el Norte de la Arabia y en la Siria: de ahí el gran número de tribus de origen sud-árabe en estos países.

El dique de Ma'rib existe aun hoy día en parte (especialmente se han encontrado dos elevadas pilas de mampostería, entre las cuales debió de haber existido una especie de compuerta) y es muy posible que ocurriera una catástrofe del género indicado. Pero si la ciudad y la comarca hubiesen conservado todavía algún valor, se habría restablecido el dique y se habrían vuelto á hacer productivos los campos, cubiertos de arena. A la inundación, pues, debió de preceder la ruina del reino y de su capital, y la causa de esta ruina solo puede atribuirse al abandono de la antigua vía comercial. Con la desviación del tráfico hacia la vía marítima aconcuerta también completamente el hecho de que en el siglo primero después de Cristo se hace mención todavía del reino de los sabeos, pero solo en unión con el de los homeritas, según los llamaban los antiguos, ó los himyares, como los llaman los árabes, esto es, las tribus costaneras que moraban entre los sabeos y el mar. Ya no era entonces Ma'rib la residencia del rey común, sino Zafar, más próxima al mar del Sur; pero después ya no se cita á los sabeos sino solo á los himyares, de tal suerte que hasta muy recientemente acostumbrábamos á designar como himyáricos á los antiguos reinos de los árabes meridionales, así como á sus monumentos. A pesar de que el centro de la civilización sud-árabe aparece en este tiempo trasladado á orillas del mar, el reino de los himyares no consiguió el grado de prosperidad que había alcanzado el antiguo de Saba. No podía ya ser, dadas las nuevas circunstancias, una estación intermedia apropiada para el tráfico con la India, y los mismos productos del Yemen, entre los cuales iba desapareciendo el oro, hasta que en el siglo sexto se presenta el cuero en primera línea, no bastaban para mantener al país en su primitiva situación. Sin embargo, hasta la época del Islam hubo un cambio activo de productos del país con los de la Siria por la antigua vía de las caravanas, por la Meca, y desde los puertos del mar Rojo se traficaba con Abisinia, de donde, ya en los tiempos más antiguos, se exportaban marfil, especias y otros artículos. Pero, á la vez, se estaba más expuesto á las influencias y ataques del exterior que cuando el centro del poderío del reino se encontraba muy al interior del país, mientras que la fuerza militar del pueblo, de cuyo fomento nunca se habían cuidado los gobernantes debidamente, se hallaba, del mismo modo, muy debilitada desde el cambio de vía comercial. No se puede, pues, negar que tenga un fondo de verdad el dato de los historiadores árabes acerca de la emigración de gran número de tribus sud-árabes hacia el Norte como consecuencia del rompimiento del dique de Ma'rib, puesto que la decadencia del comercio de Saba debió haber privado de medios de subsistencia á una gran

parte de la población, y esta, en realidad, se veía obligada á abandonar la patria, desde aquel momento excesivamente poblada. Por esto sería injusto poner en duda el hecho de una emigración de pueblos árabes efectuada en el siglo segundo de nuestra era; y si no se puede dar entero crédito á los cuadros de las tribus, formados por los genealogistas de la época mahometana para toda la Arabia, está, sin embargo, probado que hasta muy entrada ya la Edad media gran número de tribus de la Arabia del Noroeste y de la Siria pretendían descender del Yemen, y que entre ellas y los habitantes de la Arabia central y Nordeste, que se consideraban ismaelitas, existía un odio mortal de raza que ni el mismo Islam pudo extinguir totalmente.

Como es natural, los emigrados no pudieron pensar en continuar viviendo como pacíficos mercaderes; debieron de luchar durante décadas, si no durante siglos, con los beduinos ismaelitas y cambiar la vida sedentaria por la nómada; así, pues, cuando una mitad de estos se hubo abierto camino hasta la Siria, se encontró también esta región completamente beduinizada y conservó las costumbres tomadas de los ismaelitas, como también lo debieron hacer, á causa de la naturaleza del país, sus compatriotas que quedaron rezagados en la Arabia septentrional. Si de esta suerte se explica con facilidad la existencia de muchas tribus yemenitas en esta última comarca, no es menos claro que la pérdida de tan importantes elementos de población, y por cierto no los más débiles, debió de quebrantar de modo funesto el poderío de los himyares. Verdad es que hasta el siglo VI vemos á los árabes del Sur, y con especialidad á las tribus, también poco á poco beduinizadas, en las principales comarcas abandonadas del antiguo reino de Saba, intentar repetidas veces someter á su autoridad á los vecinos árabes del centro,—también los kindas, que consiguieron momentáneamente reunir á cierto número de estos últimos en una coalición bajo su autoridad, pretendían ser de origen yemenico;—pero tales tentativas aisladas no destruyeron el hecho de que paso á paso una gran parte del Yemen cayó bajo el dominio extranjero. Aquel ataque que ya en el siglo II después de Cristo habían emprendido los etíopes contra la costa árabe, se fué repitiendo con éxito siempre creciente. Misioneros procedentes del reino etíope, ganado ya para el cristianismo desde Egipto, parece que á principios del siglo IV habían fundado iglesias en la capital himyarítica Zafar y en Aden, y poco después un rey de Axum, capital de Etiopía, se proclamó de improviso «rey de los axumitas y de los homeritas.» Tal vez á manera de los soberanos orientales, y también de otros que no lo son, incluiría entre sus títulos oficiales, con motivo de una feliz expedición, el nombre del país enemigo; pero en todo caso no poseyó durante mucho tiempo la Arabia del Sur, pues cuando en el siglo VI los emperadores bizantinos Justino I (518-527) y Justiniano I (527-565), con el objeto de contrarrestar á los persas, hicieron todas las tentativas imaginables para echar sobre ellos á sus vasallos en Hira, ó sea á los árabes, tuvo ocasión por primera vez el rey de Axum de fijar su residencia en el Yemen para desde allí poder operar contra las tribus de la Arabia central. De aquí provino una serie de guerras entre los etíopes é himyares cuya historia detallada está aun muy confusa; sin embargo, se ha demostrado que repetidas veces se pusieron gobernadores etíopes en la Arabia del Sur y otras tantas fueron arrojados del poder por príncipes indígenas. Muy notable es que algunos de estos, por espíritu de oposición á los etíopes cristianos, procuraran fomentar el judaísmo en el Yemen: entre ellos se hizo especial y funestamente célebre el llamado por los árabes Zu-nowas, que ordenó una sangrienta persecución de cristianos en tierras de Nedschran, ya hacia tiempo cristiani-

EL ISLAMISMO

zadas. Volvemos á tener noticia de un gobernador etíope en el Yemen, llamado Abraham, según la tradición árabe Abrahá, el cual emprendió una expedición á la Meca, la ciudad de su dominio, para someterla al cristianismo; pero debió de regresar sin haber conseguido su objeto, porque, según parece, su ejército, como el de Senaquerib ante Jerusalén, fué atacado de una epidemia, probablemente la viruela. Entre los árabes se ha hecho célebre esta expedición porque el ejército llevaba consigo elefantes, sin duda llevados de África, y por eso llaman á Abrahá «el hombre de los elefantes.» Como unánimemente se refiere que Mahoma nació en el mismo año, se deduce que la expedición del hombre de los elefantes debió de efectuarse hacia el año 570. No hay más detalles sobre este hecho. En todo caso, los persas se vieron precisados á oponerse seriamente á los ataques etíopes en Arabia, que tarde ó temprano hubieran podido ser un peligro para el flanco de los reyes de Hira, y para ello encontraron apoyo en el odio de la población yemenita contra el dominio etíope. Sseif, hijo de Zu-Yésen y descendiente de la antigua familia real himyarítica, marchó á Ctesifonte para inducir al rey persa Cosroes Anoscharwan á una campaña contra la Arabia del Sur; Cosroes envió una escuadra con tropas de desembarco, á las órdenes de Wahris, á Aden, al través del golfo Pérsico, y al propio tiempo, Sseif suscitó una sublevación y se logró expulsar á los etíopes. Los persas pusieron allí como rey á Sseif, que les era adicto, y se retiraron; mas cuando Sseif, que empezó á tratar bárbaramente á los etíopes que vivían allí, fué asesinado, y el país se encontró de nuevo esclavizado, volvió Wahris con un ejército más poderoso, destruyó totalmente al enemigo y permaneció en el país como gobernador persa. Desde entonces el Yemen quedó bajo la dependencia de los persas, los cuales se contentaron prudentemente con un tributo moderado y la intervención general ejercida por su virey en la capital Ssan'a, mientras que la administración propiamente dicha quedó en manos de co-príncipes independientes, de antigua estirpe real. Con esto se contentó el país; pero el desarrollo de una actividad política especial hacia el exterior no era posible en una posición tan crítica como la del gobernador persa. No debemos, pues, extrañar si el Yemen no ejerce influencia alguna en el desenvolvimiento de los grandes sucesos que se preparaban, á cuyo primitivo teatro vamos ahora á dar una ojeada.

Entre la costa y la tierra alta del Nedschd, que baja hacia el mar Rojo en líneas montañosas poco practicables, se encuentra la tierra de Hedyaz (la tierra fronteriza). Como estas montañas se adelantan hasta muy cerca del mar, solo queda junto á este una estrecha faja de tierra, muy cálida é insalubre, que no ofrece espacio más que para unos pocos pequeños puertos, cuya tierra es denominada Zihama (la tierra baja). El propio Hedyaz se reduce, pues, á las montañas, que, en lo principal, se presentan en dos líneas paralelas, una á lo largo del mar y la otra del lado del Nedschd, entre las cuales hay un llano como fondo de un valle, que, sin embargo, está igualmente cruzado por líneas irregulares de cerros. Este fondo de valle es el camino naturalmente indicado para las caravanas que se dirigen del Yemen á la Palestina y á la península del Sinaí, y esta fué también, mucho antes del nacimiento de Cristo, la vía comercial desde Saba, por Macoraba y Yathrippa, á Petra. La Macoraba de los antiguos, según todas las probabilidades, no puede corresponder más que á la moderna Meca; Yathrippa es evidentemente Yathrib, como se llamaba antes de Mahoma la que luego fué Medina. Ambas ciudades debieron de tener gran importancia, hasta la época cercana al nacimiento de Cristo, como estaciones para el tráfico de las caravanas; pero acerca de

creible rumor de que en años posteriores había abrazado el cristianismo, era un completo bárbaro, si bien, al propio tiempo, un gobernante tan hábil como el primero de su nombre. El kindita pronto experimentó los resultados de la habilidad de aquel príncipe. Sus beduinos se le fueron de las manos, como la arena del desierto entre los dedos, luego que vieron que en vez de fáciles correrías, ricas de botín, se trataba ya de reñidas batallas; una tribu tras otra fué retirándose á su antigua morada, hasta que, finalmente, con los que le habían permanecido fieles fué sorprendido por Mundhir, que dispersó su pequeño ejército y robó sus tesoros. El mismo Hárith con dificultad pudo escapar de la persecución, mientras que mas de 40 prisioneros, todos miembros de la familia de Akil-el-Murar, fueron decapitados por orden del Lachmida. Hárith, despues de andar errante mucho tiempo, acabó por caer en el año 529 en manos de Mundhir, el cual le mandó matar, á pesar de que el prisionero había tomado por esposa á su hija Hind, á quien probablemente había cautivado en una expedición anterior. Hind era una fervorosa cristiana y había fundado en Hira un convento, en la iglesia del cual existía una inscripción cuyo texto, segun un escritor mahometano, la mencionaba como fundadora. Sus hermanos, los hijos de Hárith, emplearon toda su vida en vanas tentativas para volver á reunir las tribus dispersas. Uno de ellos, Hodschr, fué muerto por los Benu-Aszad, cuyo odio se había atraído, y dejó un hijo, Imruulkeis, *el poeta y rey*. Así lo llama Rückert, que con la traducción de sus poesías le ha levantado con justicia entre nosotros un monumento permanente (1). Aunque este hijo pasó su vida errando de tribu en tribu, sin hallar paz ni reposo, para vengar la muerte de su padre y renovar la grandeza de su casa, sin lograr el noble fin de su ambición, sus poesías prueban que era verdaderamente un hombre de regia estirpe, que, perseguido de continuo por la desgracia, no se doblaba ni ante los hombres ni ante el destino; que despues de cada derrota, emprendía de nuevo la lucha, sin esperanza, contra tantos enemigos, y cuya inagotable fuerza vital le permitía, aun en los mayores peligros, apurar rápidamente la copa de los mas diversos placeres antes de precipitarse de nuevo en el fragor del desesperado combate. Los árabes le llaman *el rey errante* y reconocen en él á su mas eminente poeta. Romántico como sus aventuras guerreras y amorosas fué tambien el fin de su vida. Cuando el emperador Justiniano trató de nuevo, por los años 530, de romper con los persas y causarles en todas partes todo el daño posible, tuvo interés en restaurar el poder kindita, que en otro tiempo había sido tan útil á los bizantinos. Repetidas veces envió agentes para que trataran con el *filarca Kaisos* y le recomendaran al gobernador etíope de la Arabia del Sur, que estaba en relaciones con Bizancio; pero cuando se convenció de que sus planes eran por de pronto impracticables, invitó á Imruulkeis para que fuese á Constantinopla, ofreciéndole asilo en el imperio bizantino y una posición digna de él. Imruulkeis acudió al llamamiento, confiando todos sus bienes á Samuel Ibn Adijá, de quien ya hemos hablado, y llegó por fin á la gran capital atravesando la Siria y el Asia Menor. Allí fué acogido amistosamente, y despues de haber permanecido algun tiempo fué nombrado filarca de Palestina; pero en el camino para su nuevo destino le sobrecogió la muerte en Angora, en el Asia Menor, y la leyenda arábica refiere, con visos de probabilidad, que fué asesinado por orden de Justiniano, á quien había ofendido por sus continuas ligerezas y con la seducción de una princesa imperial. Hay algo del apasionamiento des-

(1) *Amruilkeis, el poeta y rey*. Su vida, representada en sus canciones. Traducida del árabe por Federico Rückert. Stuttgart y Tubinga, 1843.

enfrenado y de la salvaje osadía de un Don Juan en esta figura caballeresca, que aun hoy está envuelta en cierto encanto poético.

Entretanto, el temible Mundhir pudo consolidar otra vez en Siria el dominio de su dinastía, convirtiéndose con sus hordas de beduinos, que saqueaban por todas partes, en terror y azote de las provincias bizantinas fronterizas. Ya hemos referido cómo encontró por último su muerte á manos del gassanida Hárith. Su hijo Amr (554-568 ó 569) parece, segun noticias no muy seguras, que se hizo cristiano por la influencia de su madre Hind, lo que, en todo caso, no le impidió imitar la barbarie de su padre; su reinado es notable entre los árabes porque en su tiempo tuvo efecto el nacimiento de Mahoma en la Meca. Tanto él como su hermano y sucesor Kabús (569-573), estuvieron, como era natural, en continua lucha con los Gassanidas, los cuales, sin embargo, segun hemos dicho, engañaron funestamente á Kabús. A Mundhir IV (tambien hijo de Hind) sucedió como último de los Lachmidas su hijo No'man V. La tradición refiere que de los doce hijos de Mundhir solo este era feo y de poca estatura, al propio tiempo que rojo y con la cara llena de granos; era asimismo de carácter indómito y apasionado, aunque no menos amante de los poetas que de las mujeres y dotado de buen sentido para percibir las bellezas poéticas. Así, pues, cuando el rey persa (2) preguntó á los hermanos, uno tras otro: «¿Puedes tú mantener en orden á los árabes?» respondió cada uno de ellos: «A todos, menos á No'man;» pero este contestó simplemente: «Sí,» y cuando el rey le volvió á preguntar: «¿Tambien á tus hermanos?» replicó secamente: «Si no pudiese con ellos, menos podría con los demás.» De esta suerte le fué transmitido el mando, que ejerció por los años 580-602. Fué de poca utilidad á los persas, dando, además, varias veces pruebas de su rebeldía, de modo que Cosroes II consideró finalmente necesario destituirlo y fué encarcelado en Ctesifonte, donde acabó su vida en un calabozo ó pisoteado por elefantes. Para los árabes es el mas distinguido de los reyes de Hira, á causa de su predilección por el arte de la poesía y los poetas, y abundan las historias de sus relaciones con estos últimos. Mas que todos, gozó de su favor el célebre poeta Nábiga, de la tribu de Zobian, el cual, por lo mismo, le ensalzó en muy notables poesías. Ciertamente que en un tiempo hubo entre ellos algunas desavenencias por suponerse que el enamorado poeta se había excedido de los límites de lo lícito en sus relaciones con la mujer del celoso rey; Nábiga tuvo que huir, y se refugió al lado del gassanida Amr. Pero el rey no pudo prescindir mucho tiempo de su poeta favorito, y este, que se había acostumbrado fácilmente, como buen árabe, á ver producir dorados frutos al árbol de su, en verdad, legítimo talento, encontró demasiado avaro al Gassanida y llegó á reconciliarse, al cabo de poco tiempo, con su antiguo señor.

Con No'man concluyó la orgullosa familia de los Lachmidas; su hija Hind, que despues de la muerte de su padre entró en un convento, sobrevivió no solo al desmoronamiento del imperio persa sino tambien á la primera guerra civil de los musulimes, muriendo hacia el año 660. Mucho tiempo antes, en el año 633, sucumbió el último vástago masculino de esta dinastía á la cabeza de una sublevación de las hordas árabes, poco antes de la invasión de los musulimes.

Se comprende muy bien que tanto los emperadores bizantinos como los reyes persas se decidieran á limitar ó á destituir el poder de los caudillos árabes, que ya se hacían demasiado fuertes; pero la destrucción del vasallo Estado

(2) Se cita á Cosroes II Parwés, pero segun la cronología debió de ser Hormisdas IV.

sirio, y, mas aun, la extinción de la dinastía de Hira, fué una grave falta que se pagó muy cara. Los árabes fronterizos se habían acostumbrado al robo y al pillaje y habían perdido el respeto al aparente poder de los grandes Estados, y entonces se rompió el único freno que hasta allí, en cierto modo, los había contenido. Los gobernadores persas y los filarcas árabes, limitados á Hira desde aquella fecha, no tenían ya terreno firme bajo sus piés y no podían ni mantener en orden á los árabes del Irak ni siquiera infundir respeto á los cercanos beduinos de la península. Pocos años despues de la destitución de No'man, los Benu Bekr, que en las últimas décadas habían estado en estrecha alianza con los Lachmidas, cayeron sobre el territorio de Hira, ocasionando á los persas y á los árabes de la tribu de Táglab, que desde la terminación de la guerra de los 40 años se habían establecido en la orilla derecha del Eufrates, una grave derrota junto á Zu-Kar, cerca del mismo Hira, y devastando el país hasta muy al interior (entre 604 y 610). No es, pues, extraño que 25 años mas tarde no pareciese tan aventurada á los primeros grandes califas y generales de los musulimes, como lo pareció despues á varios historiadores occidentales, la idea de repetir mas enérgicamente el ataque con escuadrones semejantes pero mas numerosos.

Así como encontramos, á principios del siglo VII, á la Arabia del Norte en agitación y á las tribus fronterizas mejor informadas de las condiciones de las grandes potencias vecinas, y cada día mas dispuestas á romper con ellas, del mismo modo y al mismo tiempo hallamos deshecha como arena, en el límite Sur de la gran península, la historia de los que fueron poderosos Estados y que antes habían podido mantener sobradamente en equilibrio aquellos elementos del Norte tan ansiosos de extenderse. Tan antiguo como su historia es el contraste entre las dos razas afines que pueblan la Arabia. Ya en el Antiguo Testamento podemos hallar la diferencia entre los hijos de Ismael, turbulentos beduinos del Norte, y la población sedentaria de Saba, desde antiguo acostumbrada al orden social, y á la cual pertenecía la parte meridional. El gran desierto de arena del Sur (llamado hoy Róba'el-Jali) constituye entre ambos pueblos una barrera infranqueable al través de la mayor parte del país; una línea que prolongue el borde del desierto hacia el Oeste y que termine como á un grado de latitud al Sur de la Meca, en el golfo Arábigo, designa próximamente el límite, en algunos puntos indeciso, y en muchos rebasado desde el lugar en que acaba aquella división natural. La Biblia atribuye á Joktan el origen de Saba (*Gén.*, 10, 28), y por eso se distinguía á los árabes del Sur con el nombre de Joktanidas y á los del Norte por el de Ismaelitas. En detalle están aquí confusas las condiciones etnográficas; pero estaba en la naturaleza de las cosas que los ismaelitas, desde antiguo en relaciones con la Siria y la Mesopotamia, y entre los cuales, por ejemplo, encontramos establecidos á muchos judíos, no pudieran preservar á la población primitiva de todo género de mezclas con elementos extraños. Así hallamos en las gentes de Saba la representación mas genuina del verdadero arabismo. Cierta que en la época histórica esto cambia y el ismaelita se considera aun hoy como representante legítimo del sér árabe; pero en realidad las mas antiguas huellas de la historia indican que mucho antes que los ismaelitas habían llegado ya los joktanidas á un notable grado de cultura. Hasta despues de comenzado nuestro siglo, solo se tenía una imagen muy oscura de los pueblos y reinos de la «Arabia feliz,» por lo que sabíamos segun el relato del Antiguo Testamento acerca de la reina de Saba y algunos otros pasajes del mismo, como tambien por varios datos de historiadores y geógrafos griegos y romanos. Algo mas exacta fué

despues esta imagen merced á las descripciones de las grandiosas ruinas de antiguos templos y palacios que cubrían el país en una considerable extensión y que eran testimonio de la perdida magnificencia, descripciones hechas desde fines del siglo pasado por investigadores europeos, que, solo muy raras veces y con grave peligro, habían podido hasta entonces penetrar en aquella tierra. Por último, se ha conseguido desde los años 40 descifrar poco á poco las inscripciones grabadas en caracteres extraños que se encontraron en aquellas ruinas y en sus cercanías, así como comprender tambien, en gran parte, su lenguaje, emparentado con el idioma de los árabes del Norte, generalmente designado como «arábigo.» Contenían, por cierto, como ya era de esperar, gran cúmulo de nombres de reyes y varios otros datos históricos; pero desgraciadamente ninguno en que poder apoyarse para fijar las épocas de aquellos reinados. Solo recientemente se ha encontrado tambien este punto de partida: en una inscripción cuneiforme asiria (1) del año 715 antes del nacimiento de Cristo, refiere el rey Sargon, de Nínive: «Recibí el tributo... de Jthamara, el de Saba, oro, yerbas de Oriente (esto es, incienso y especias), esclavos, caballos y camellos.» Ahora bien, «Jthamara el de Saba» se encuentra en las inscripciones sud-arábicas como «Jath'amar, príncipe de Saba,» y vemos, por lo mismo, que no solo florecía ya el reino de Saba en el siglo octavo antes de Cristo, como se presupone en el Antiguo Testamento, sino que tambien los monumentos de la Arabia del Sur que aun se conservan pertenecen, en su mayor parte, á aquella época primitiva. Verdad es que el material hasta ahora recogido en las inscripciones no permite todavía seguir en todos sus detalles la historia del país; pero se ha podido, no obstante, fijar desde aquel punto de partida algunos hechos principales, de los cuales presentaremos aquí en extracto lo mas importante.

Desde los tiempos mas remotos árabes joktanidas pueblan el Sur de la península, la tierra del Yemen (2), y desde siglos mas cercanos, que no pueden fijarse con exactitud pero en todo caso muy anteriores al nacimiento de Cristo, habitan tambien la opuesta tierra alpina africana de Abisinia. El acceso á esta era fácil al través del estrecho de Bab-el-Mandeb; allí seguramente se han mezclado los colonizadores semíticos poco á poco con los elementos indígenas africanos, de suerte que los habitantes de Abisinia, que se designan como etíopes, no podían ser ya considerados como árabes puros en los tiempos históricos. En todo caso, ambos pueblos se hicieron pronto extraños; ya en el siglo II de nuestra era llevaron los reyes etíopes la guerra á la opuesta costa arábica, y de la antigua comunidad de origen no se conservaba recuerdo alguno en la memoria de etíopes y árabes. Estos fundaron en la Arabia meridional cierto número de Estados de diversa importancia, los cuales, en oposición á los ismaelitas nómadas, pasaron de la vida sedentaria en grandes poblaciones á la vida comercial. En el Sudeste de Arabia, precisamente en el centro de la tierra de Hadramaut, se encuentra la comarca que produce el incienso, tan apreciado en el mundo antiguo, y en la Arabia del Sudoeste

(1) Sobre las inscripciones cuneiformes asirio-babilónicas y los hechos históricos á que se refieren, véase Hommel: *Historia de Babilonia-Asiria*.

(2) La palabra *yemen* significa propiamente «lado derecho» ó «lo que está á la derecha;» la «tierra de la derecha» es el Sur, puesto que para orientarse se vuelve uno hacia el Oriente. Esta tierra, pues, ha recibido su nombre de sus vecinos del Norte. Ahora bien, como entre los árabes la mano derecha es la que trae la suerte, tienen así varias expresiones derivadas del mismo origen el significado de «feliz,» «bendito,» de donde procede, por una mala inteligencia casi natural, el nombre de *Arabia felix*, «Arabia feliz,» que se ha dado á esta parte de la península.